

La aguja del pajar

Eric Ros



Un agujero de seguridad poco conocido le permitió a Elliot ganar acceso a la corteza visual de su objetivo cuando éste se disponía a leer uno de los pocos ejemplares en papel que quedaban de "1984". La información que buscaba se encontraba aún retenida en el interior del hipocampo. Le quedaban apenas unos minutos antes de que su víctima se durmiera y esa información se perdiera para siempre en algún recóndito lugar de su cerebro semibiótico, en el vasto paraje de la memoria a largo plazo. Elliot suspiró y luego continuó introduciendo comandos a la velocidad de la imaginación, que pronto le dieron acceso a oído, gusto y olfato. El sabor del caviar aún permanecía en su boca. El ladrido de un perro cercano no le dejaba concentrarse en su lectura. En apenas un instante, y sin que su objetivo se hubiese percatado, el mejor neurohacker del mundo se había hecho con el control de la mente criminal más buscada. La seguridad del hipocampo era férrea, pero finalmente fue quebrada. Había desayunado tostadas con mermelada. Poco interesante. Los recuerdos eran confusos, el libro se tambaleaba, se estaba durmiendo... Pero súbitamente, el hombre se incorporó, entre gritos y maldiciones. Se levantó y se dirigió a una cómoda, de donde sacó una pistola que se puso en la boca. Un ruido ensordecedor precedió a un silencio absoluto. El sabor a caviar se disipó. La imagen de un perro entrando en la habitación y lamiendo su cara se oscureció hasta desaparecer. Los recuerdos se desvanecieron.

Elliot cerró la conexión.